

remonta al Olimpo para mandarse aplicar el mismo tratamiento. Todos los atributos, todos los actos de los dioses griegos están de acuerdo con esta idea. En la batalla, Here toma la figura y la voz de Stentor; Apolo grita desde Pergamo para dar ánimo á los Troyanos; Iris llega «acudiendo de lo alto del Olimpo;» en fin, los carros del cielo, contruidos á la manera de los de la tierra, con materiales de ésta, son arrastrados por corceles á los que se zurriaga y agujonea á través de las puertas del cielo que rechinan sobre sus goznes. El solo hecho de Zeus de hallarse en relaciones con «los hombres de la Tracia que se nutren con leche,» basta á demostrar cuán pequeña distancia separa lo divino de lo humano, y cuánta analogía existe entre las concepciones de los Griegos y las que en nuestros dias hallamos entre los Fijianos.

Aquí se ofrece una duda. Por parecidas que sean estas concepciones, ¿se han producido de la misma manera? Está fuera de duda que el panteon fijiano ha sido formado por esta clase de apoteosis humanas, que tenían lugar aun, cuando los viajeros descubrieron las islas Fiji; y si decimos que los Griegos, que tambien divinizaron á los hombres, crearon un panteon de esta manera, daremos de ello una explicacion lógica. Sin embargo, se nos prohíbe hacerlo. Se quiere que los dioses griegos, con su forma, sus inclinaciones, sus actos, su historia humana, sean el producto de la personificación de los objetos y de las fuerzas de la naturaleza. De manera que, cosa rara, ¡concepciones idénticas serian el producto de métodos diametralmente opuestos! Aquí vemos á los hombres elevarse á la dignidad de dioses; allá vemos á las fuerzas de la naturaleza descender para condensarse bajo la forma de dioses. Y los dos catálogos de divinidades, producto de estós dos métodos contrarios, no constituyen en el fondo más que uno solo.

Aun cuando nada se supiera de lo dicho en los capítulos anteriores, ¿no se ha de confesar, á ménos de someternos del todo á una hipótesis, que para demostrar una coincidencia tan sorprendente, faltan pruebas más robustas y serias que las que nos dan los mitólogos?

¿Estamos obligados á admitir una sola excepcion, á la regla general que vemos realizada en todas partes? Cuando en todos los pueblos y en todos los países, desde los tiempos primitivos hasta nuestros dias, la idea de la divinidad se ha producido naturalmente segun el método por nosotros expuesto, ¿debemos concluir que un pequeño clan de Semitas ha llegado por un método sobrenatural á una idea absolutamente distinta en el fondo de la de los otros pueblos, aunque exteriormente se le parezca?



La educación, la sanción social y una autoridad que la antigüedad hace irresistible, los títulos imponentes, en fin, han conducido á todos á creer que el génesis de la idea de divinidad que á cada uno le es propia, difiere en el fondo de toda otra idea de la misma clase. Dúdase tan poco en admitirlo, que resultan ser una impiedad el preguntarse si entre estas ideas existe alguna analogía. Y sin embargo, pueden ver en las demás creencias religiosas el mal que entraña el rehuir este exámen. Cuando Eurípides dice á manera de consejo: «no es conveniente permitir que razonamientos capciosos levanten el velo que cubre las cosas divinas,» no se deja de sacar la moraleja de que en tales circunstancias, una fé bastante profunda para prohibir la crítica, sostiene la superstición. Cuando se vé que los Fijianos caníbales, humildemente sometidos á los dogmas relativos á sus sangrientas divinidades, afirman que «el castigo no dejará de alcanzar al escéptico,» se reconoce claramente la bajeza de una superstición que se protege, prohibiendo la investigación. Pero como se consideran las demás creencias exteriormente y con un espíritu de oposición al paso que se miran las propias interiormente y de una manera favorable, no se puede imaginar que una causa parecida pueda en este último caso producir un perjuicio semejante. Cuando se lee que á la llegada de los Españoles á Méjico, los indígenas que les tomaban por dioses les ofrecieron sacrificios humanos, se reconoce el derecho de preguntar si las ideas y las causas de la conducta de estos pueblos eran análogas á las del rey escandinavo Odin cuando inmolvaba su hijo Odin; pero se prohíbe el averiguar si estas ideas y estas causas se parecen á las que llevaron á Abraham al sacrificio de Isaac. Ya hemos dicho que el doctor Barth fué preso por los Fulahs por su mismo dios Fete: ante este hecho es permitido preguntarse si Barth hubiese sido herido en una disputa que hubiera podido suscitarse entre su séquito y los Fulahs, por uno de los jefes de éstos, ¿si no se habria formado una leyenda parecida á la que cuenta cómo Ares fué herido por Diomedes? Pero es muy inconveniente el suscitar la cuestión de averiguar si la historia de la larga lucha de Jacob con el Señor puede tener un origen análogo. Aquí, por tanto, fieles á los métodos científicos y sin sujetarnos á las rancias conclusiones, debemos tratar la concepción hebraica Dios como todas las demás, y debemos preguntarnos si tiene un génesis análogo.

Si queremos saber en qué consistía la primitiva noción que los Semitas tenían de una divinidad, nos prepararemos á ello examinando la noción de una divinidad que se encuentra aun hoy día entre los Semitas nómadas. He citado ya, según Palgrave, un hecho que nos lo hace comprender; hé aquí ahora otro:

«¿Qué hareis al hallaros en presencia de Dios para oír su fallo, después de una vida tan depravada?» decía yo cierto día á un joven fogoso del país de los Sheravats. — «¿Qué haremos?» respondió sin vacilar; iremos á Dios para saludarle, y si él se muestra hospitalario (si nos da de comer y de fumar) nos quedaremos con él; si no montaremos á caballo y partiremos... Si no temiera pasar por impío, podría contar cincuenta historias análogas, por lo ménos.»

Evidentemente la idea actual de Dios entre los Semitas, no es más elevada que la que hemos hallado entre otras razas; y vamos á examinar si los antiguos Semitas tenían una idea no ya absolutamente distinta de la de todos los demás pueblos, si que también de la que tienen los Semitas modernos.

Difícil es encontrar una contestación clara y concreta en las tradiciones relatadas por distintos escritores en diversas épocas, y en las que se hallan envueltas historias y concepciones procedentes de pueblos vecinos más civilizados. La dificultad que de suyo se encuentra en ellas, se aumenta todavía por el hábito de aplicar ideas avanzadas en la interpretación de creencias primitivas, como por ejemplo cuando ciertos comentadores explican acciones divinas de un género muy concreto, diciendo que son expresiones «de un lenguaje antropomórfico natural propio de la instrucción que podía recibir el hombre en su estado de civilización simple y parcial.» No obstante, si desechamos todas las interpretaciones no naturales, y si tomando el relato literalmente nos fundamos en la analogía para deducir que las descripciones más sobriamente antropomórficas son descripciones primitivas, veremos como las dificultades disminuyen.

Vemos á Abraham hacer lo que los hombres primitivos, y más especialmente los Nómadas, se ven cada día obligados á hacer, á consecuencia del aumento de la población: abandonar á sus parientes, emigrar en busca de nueva residencia, separarse de los suyos como Abraham se separó más tarde de Loth en busca de pastos. El patriarca se cree impelido por una causa sobrenatural, una visión aparente; pero esto nos recuerda lo que sucede en todos los pueblos no civilizados, que de ordinario buscan esta clase de prodigios. El nuevo territorio donde va á establecerse, nos dice la historia que le fué cedido en propiedad; la cuestión estriba, pues, en saber si Abraham tenía que ver con un potentado de la tierra ó con el poder por el cual los planetas gravitan y las estrellas brillan.

Las palabras que designan á este donador de territorio no expresan sino la idea de superioridad. *Elohim*, que se traduce á veces por dioses, se aplica á los personajes pudientes, á los jueces y á otras cosas grandes ó elevadas. De la mis-



ma manera *Adonai* se emplea indistintamente (como la palabra señor entre nosotros) para designar un ser considerado como sobrenatural, y también para un hombre viviente. Según Kuenen, el sentido de *Shaddai* es «el poderoso», ó más exactamente quizá «el violento», título en armonía con el de los reyes de Asiria, que gustaban de compararse con las tempestades y las inundaciones. Los títulos más exagerados tienen sus análogos en los de los príncipes vecinos. Cuando en las inscripciones cuneiformes vemos á Tiglath-pileser, llamado «rey de los reyes, señor de los señores», nada encontramos de excepcional en el título «dios de los dioses, señor de los señores, dios grande, poderoso y formidable», título que supone que el dios de los Hebreos no es solo, y que se distingue de los demás en que es el dios supremo.

Este ser que lleva títulos parecidos á los de los potentados de la tierra, promete á Abraham ciertos beneficios en compensación de su homenaje. Abraham llega á quejarse, á expresar el temor de que no le sea cumplido lo prometido, pero nuevas promesas le aquietan. Finalmente, se cierra un trato definitivo, una alianza en virtud de la cual Abraham debe poseer «toda la tierra de Canaan», y el donador «debe ser un dios para Abraham.» Habría razón para admirarse de que una alianza de este género hubiese podido celebrarse entre la causa primera de las cosas y un jefe de pastores; pero esta suposición queda destruida por los mismos términos de la alianza. Las palabras «un dios» excluyen por completo la idea de un poder supremo universal. Sin embargo, si en lugar de suponer que las palabras «un dios» no significan sino un ser sobrenatural, admitimos que designan, como entre los Árabes actuales, un amo poderoso, el relato cobra fuerza.

De una manera más clara aun nos lo muestra la ceremonia de la conclusión de la alianza. Abraham y cada uno de sus descendientes varones, como también todos sus esclavos, son circuncidados. Observad que el signo de la alianza no solo debe ser llevado por Abraham y los hombres de su raza, sino también por los de raza extranjera que ha comprado. El signo es raro y también la extensión que se le da, si admitimos que es impuesto por el Creador del universo para que sirva de señal á su favorito y á sus descendientes: y no es menos extraña la creencia de que la transgresión, (por la cual toda alma será excomulgada), no es un crimen, sino la omisión de este rito. Únicamente deja de ser extraño si se trata de una ceremonia que un potentado viviente impone bajo pena de muerte. En efecto, como veremos más adelante, la circuncisión es una de las numerosas mutilaciones que los señores feudales de la tierra imponían á sus vasallos en señal de vasallaje.

Ahora pasemos de la prueba indirecta á la directa, y veamos la idea que según el relato bíblico, se forma Abraham del ser con el cual ha convenido una alianza. Como se hallara á la puerta de su tienda, «tres hombres aparecieron ante él;» nada indica que difirieran de los demás hombres ó que difirieran mucho entre sí. «Se prosterna en tierra», y dice á uno de ellos: «Mi señor.» Éste pide descansar y lavarse los piés; aquél les invita diciendo: «Traeré un pedazo de pan para fortificar vuestro corazón.» De manera que, no viendo en ellos sino viajeros cansados, cubiertos de polvo y hambrientos, Abraham trató á estos «tres hombres» según los ritos de la hospitalidad que todavía hoy observan los Árabes. Nada hace creer que Abraham suponga un carácter sobrenatural en ninguno de los tres; y cuando Sarah se echa á reír al escuchar la promesa de que tendrá un hijo, no parece que se creyera en presencia de personajes superiores á los hombres. Es verdad que Abraham, dando á este visitante un título que se daba á las personas de un rango superior, le cree capaz de hacer las cosas que nosotros llamamos sobrenaturales, es decir, que le atribuye el carácter que tienen todos los potentados primitivos, magos al mismo tiempo que jefes; más claro aun, un poder análogo al que los salvajes de nuestros días atribuyen á los Europeos. Solo que, si lo que Abraham le dice mostrándole el camino de Sodoma implica esta creencia; eso nada más supone. La cuestión, notadlo, es la de averiguar lo que Abraham creía, ó lo que los hombres que nos han conservado la tradición pensaban que creía. De cualquier manera que se tome, se llega á la misma consecuencia. Si la persona que saluda Abraham llamándole su señor, con la que concluye una alianza, es un potentado de la tierra, como la prueba indirecta da lugar á suponer, llegamos á deducir que la antigua idea semítica de una divinidad, se parecía á la idea semítica moderna que anteriormente hemos citado. Si, por el contrario, toma á esta persona, no por un potentado, sino por el creador del universo, entonces cree que la tierra y los cielos han sido creados por un personaje que come, bebe y se siente fatigado por el camino; la idea que de la divinidad se forma, es idéntica á la del beduino moderno y á la de todos los hombres no civilizados en general.

Vemos, pues, que la universalidad del antropomorfismo tiene por causa eficiente el hombre divino concebido en todas partes como antecedente por la *percepción* de un hombre poderoso. Ya hemos dado abundantes pruebas de que el espíritu primitivo forma la concepción de esta manera: y podemos todavía robustecerlas por hechos que prueban que no daría resultado el formar otra noción.